

BESOS entre líneas



MAY R. AYAMONTE
ESMERALDA VERDÚ

ÍNDICE

Dedicatoria

Prólogo. El cielo también lloraba

PRIMERA PARTE

Mi segundo hogar

Paseando entre libros

Desconcierto

SEGUNDA PARTE

Unos cuantos meses después

Recuerdos amargos

Bukowski

Momentos inolvidables

Un rabo de nube

Remordimientos

BookTube

Bajo la lluvia

El regalo

En llamas

Prohibiciones

Encuentro fortuito

Excusas

Sentirse viva

Confesiones

Pasar página

TERCERA PARTE

Blogger Lit Con

Sorpresas

Yo nunca, nunca...

Recuerdos imborrables

Despedidas

Capítulos que empiezan y otros que acaban

Caminar hacia delante

Días vacíos

Cerrando heridas

Nueva vida

CUARTA PARTE

Destino

Volver al principio

México

Epílogo.

Agradecimientos. El principio del camino

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*A mi abuelo Fabián, que me enseñó a leer.
Tú fuiste el que originó mi pasión literaria.*
Esmeralda Verdú

*A todas las mujeres que luchan cada día.
A todas las Emmas.*
May R Ayamonte

PRÓLOGO

EL CIELO TAMBIÉN LLORABA

Recuerdo el peor día de mi vida como si fuera ayer. Recuerdo cómo papá y mamá se despidieron de mí con un beso antes de salir de casa.

Yo tenía tan solo seis años cuando ocurrió.

Me dejaron al cuidado de tía Anne, que siempre se quedaba conmigo cuando mis padres se iban a trabajar o tenían que dejarme sola por alguna otra razón.

Me acuerdo de cómo un rato después sonó el teléfono de casa y mi tía empezó a llorar diciendo que no podía ser cierto. Recuerdo cómo me cogió en brazos y me subió a su coche. Me ayudó a ponerme el cinturón de seguridad mientras sus lágrimas mojaban mi vestido blanco.

El cielo también lloraba. Un diluvio intenso no me dejaba ver bien la calle desde la ventanilla.

Al llegar al hospital, tía Anne entró conmigo en brazos por la puerta de urgencias y se echó sobre el mostrador gritando y llorando.

Pasaron muchas horas, y poco a poco me di cuenta de que ni papá ni mamá venían, que la tía Anne evitaba mis preguntas y que mi hermana mayor, Lys, no había salido del baño desde que había llegado. Nadie me decía nada, y ese silencio hacía que la espera en esa lúgubre sala fuera todavía más eterna.

Cuando por fin vino el médico, me negué a irme mientras, como dijo mi tía, «los mayores hablan». Al escuchar la

noticia, quise retroceder en el tiempo. Prefería no saber lo que había ocurrido. Un dolor se instaló en mi pecho y cada segundo se iba haciendo más grande.

Un coche que iba por el carril contrario se desvió e invadió el de mis padres. El conductor iba tan borracho que se quedó dormido al volante. Papá no tuvo tiempo para reaccionar. Mamá murió al instante. Ella ni siquiera pudo darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

En ese momento, papá continuaba en quirófano y los médicos no paraban de entrar y salir. Su estado era crítico.

Ese fue el día que marcó un antes y un después en mi vida.

Ese fue el día en el que perdí a mi madre y mi padre cambió para siempre.

PRIMERA PARTE

MI SEGUNDO HOGAR

Noto cómo las nubes se desplazan por el cielo y los rayos del sol vuelven a entrar por la ventana, haciendo que las páginas que estoy leyendo parezcan todavía más amarillentas. Ojalá eso fuera lo único que me ha despistado de la lectura.

—Zoe, te lo pido por favor: ¡cállate ya! —le grito por enésima vez.

Ni caso. Ella sigue ladrando sin parar a un gato que ve a través de la ventana lamiéndose tranquilamente una pata.

—Claro, Guillermo, es sencillísimo encontrar un ramo con diez tipos de flores distintas, y tres que no crecen en esta época del año... ¡La novia me va a matar!

La voz de mi tía Anne, gritando a su socio por teléfono, se cuele por debajo de la puerta del salón.

Pero esto no acaba aquí, porque David decide subir el volumen del televisor para poder escuchar bien las noticias.

¡No aguanto más! ¿Tan difícil es tener un poco de silencio y tranquilidad para leer en esta casa?

Me incorporo sobre el sillón en el que estoy tumbada y saco de las páginas finales del libro la fotografía que uso siempre como separador. Observo los risueños ojos de mamá. Doce años ya desde que se fue... ¿Qué edad tendría si siguiera viva? ¿Cómo sería si...?

De pronto, mi tía abre la puerta y se acerca, con el teléfono todavía pegado a la oreja, haciendo un gesto con la mano, pidiéndome que le dé algo.

Guardo rápidamente la foto, metiéndola entre las páginas. No puede haberla visto, ¿no?

Mi tía sigue asintiendo como si su interlocutor al otro lado de la línea la viera hacerlo. Luego me mira de nuevo y continúa insistiendo con la mano que se la pase.

Mientras empiezo a abrir el libro resignada, me dice:

—Emma, ¡pásamelos de una vez!

Giro la cabeza y veo que está señalando unos menús para bodas que están sobre la mesa. Suspiro de alivio y se los acerco. Qué poco ha faltado.

—Gracias, cariño.

—Tía —le digo antes de que se marche de nuevo a discutir por teléfono—, me voy a la biblioteca.

—¿Otra vez? Vas casi todos los días —suspira tapando el auricular para que su socio no la oiga—. Está bien, pero ven antes de la hora de la cena.

Me despido de ella con un beso en la mejilla y me giro para decirle adiós a David, pero se ha quedado profundamente dormido en el sofá con la televisión a todo volumen. Si la apago sé lo que pasará: se despertará y me dirá que no estaba durmiendo, que la vuelva a encender. Todos los días la misma historia.



Cada vez que entro me envuelve un aroma que podría reconocer en cualquier parte. Es una mezcla entre papel antiguo, polvo y sabiduría. Podría recorrer la estancia con los ojos cerrados sabiendo exactamente dónde me encuentro. Este sitio se podría considerar mi segundo hogar, al fin y al cabo, paso aquí más horas que en cualquier otra parte.

A pesar de que estoy en el mismo lugar, casi a la misma hora e incluso en el asiento de siempre, cada día es diferente. Cada día vivo una aventura distinta, conozco a alguien nuevo, visito ciudades en las que nunca he estado y, a veces, incluso viajo a mundos inexistentes que a mí me parecen de lo más reales. Es tan extraño como mágico po-

der visitar otros universos pasando páginas y páginas sin dejar de leer.

Así que puede decirse que formo parte del mobiliario de la biblioteca de mi pueblo, pues siempre que puedo estoy aquí sin moverme —excepto cuando no me queda otro remedio que pasar de página—. Y aunque mi casa fuera el lugar más silencioso del mundo, creo que seguiría viniendo a la biblioteca igualmente. Me encanta pasar las tardes rodeada de libros.

Mi lectura actual es *Matilda*, un maravilloso aperitivo para comenzar con buen pie el último curso en el instituto. La pequeña Matilda me recuerda un poco a mí: es una incomprendida por su pasión hacia la lectura.

¿Dónde están todas esas aventuras que viven los personajes de los libros que leo? ¿Por qué nunca llegó mi carta de Hogwarts?

Mientras todos estos pensamientos pululan dentro de mi cabeza, estoy sentada en el alféizar acolchado de una ventana del piso superior. Desde esta parte de la biblioteca se puede ver el parque con frondosos árboles que cada vez están más amarillentos por la próxima llegada del otoño. Este es mi asiento favorito para leer y no lo cambiaría por nada del mundo, ni por uno de esos mullidos sillones que están aquí al lado y parecen tan cómodos.

Justo estoy leyendo una de las escenas más interesantes de la novela cuando el silbido de Rue y Katniss en *Los juegos del hambre* me hace saltar del susto en el asiento. Mi móvil sigue sonando como si estuviera siendo bombardeado por incesantes wasaps. *Matilda* cae al suelo produciendo un gran estrépito, como si no hubiera hecho ya suficiente ruido.

Alzo la vista y, como me temía, la bibliotecaria me está fulminando con la mirada desde detrás del mostrador. No es la única, las pocas personas que están sentadas a mi alrededor también lo hacen. Pero es esa mujer de cara arrugada y gafas pequeñas, apoyadas en la punta de su larga

nariz, la que me señala la caja negra que hay a su lado con una ceja alzada. No sería la primera vez que mi teléfono móvil llega ahí dentro junto a otros de su especie que también han sido requisados.

Por fin consigo sacar el móvil de mi bolsillo, subo los brazos como si de un atraco se tratara, y le enseño muy despacio cómo lo apago. Parece que ha funcionado, pues la mujer me echa un último vistazo y vuelve a su trabajo.

Después de respirar hondo, recojo mi libro del suelo y me levanto. Voy directa al ala derecha de la planta alta, donde hay una sala con varias mesas. Es todo poesía. Parece mentira que le dediquen tanto espacio a este género tan poco valorado actualmente. Es uno de los detalles de esta biblioteca que hacen que me encante.

Entro por el segundo pasillo y me siento en el suelo apoyando la espalda en una de las estanterías. Todo está tan tranquilo y solitario como siempre. Aquí no suele venir la señora gruñona que he dejado atrás.

Enciendo mi móvil de nuevo y leo los wasaps que he recibido.

Sandra

Felicidades Em! Cda dia t superas +

Esther

Si! Enhorawuen pr tus 200 sguicores en el blog!!.

Sandra

Esa es nestra Emma (emoticono de corazón)
Gracias a nustrs blogs nos conocims así q
s genial ver cmo crecn.

Esther

No sabzss lac d libros qa heleido
grxacias a lsy reseñafs df tu blog

¡Vaya! Ni me había dado cuenta de que había llegado ya a los doscientos seguidores. Hace solo unos meses que empecé con *La ventana de Emma*.

Emma

¡No lo sabía! Gracias, chicas.
No me lo creo.

*Esther*

Cmo qno? Sif ldo hacdss gnifal!

Emma

Ya veréis como dentro de poco
vuestros blogs llegan a esa cifra y...



Empiezo a contestarles de nuevo con una sonrisa en la boca, cuando oigo unos susurros.

Parece que vienen de algunos pasillos más allá. Me levanto sin pensarlo dos veces y me encamino muy despacio hacia donde procede la voz, intentando no hacer ruido.

Mientras me voy acercando, me doy cuenta de que se trata de una voz masculina. Busco a su dueño entre el hueco que dejan las baldas de una de las estanterías y me agacho para que no note mi presencia. Quien me vea así pensará que soy una acosadora en toda regla.

Está de pie, apoyado sobre los estantes de poesía extranjera, y parece muy concentrado recitando un poema.

Es un chico moreno y alto. Lleva unos pantalones vaqueros que, para qué mentir, le sientan de maravilla. Su atuendo lo completa una camiseta azul de manga corta. No

puedo evitar advertir que le queda estrecha en la zona de los brazos, por sus marcados músculos.

Observo su atractivo rostro de perfil. Tiene una mandíbula ancha y unos labios carnosos que encierran unos dientes blancos. Sus ojos se mueven ansiosos a través de las palabras que está leyendo. Da la impresión de que no es la primera vez que lee ese poema, es como si casi se lo supiera de memoria.

Su voz me cautiva y pierdo la noción del tiempo, agachada, escuchándole recitar. Al levantarme, tropiezo con mi propio pie y casi me caigo al suelo. Rápidamente miro hacia el chico y suspiro con alivio; no se ha dado cuenta de que estoy ahí.

Todavía. Porque mi móvil se encarga de que eso ocurra cuando vuelve a recibir unos cuantos wasaps.

Mierda.

El chico me está mirando entre el hueco que deja el estante de madera y la parte superior de los libros. Descubro unos ojos azules tan oscuros como bonitos, custodiados por unas pestañas espesas.

Me quedo paralizada, sin saber qué decir mientras mi móvil sigue emitiendo sonidos. El chico aparta la mirada y empieza a andar hasta que lo pierdo de vista.

Unos segundos después, veo que se aproxima por el mismo pasillo en el que estoy yo. Su forma de andar es segura y se acerca a mí, demasiado. Demasiado para oler su aroma y ver hasta el más mínimo detalle de su cara.

—¿Te queda mucho? —me pregunta cruzando los brazos en torno a su pecho y al libro que estaba leyendo.

Agacho la mirada avergonzada y veo que sus brazos bronceados dejan entrever el nombre del autor: Charles. El chico suspira con cara de cabreo y esconde el libro detrás de él. Señala mi móvil con un gesto de su cabeza justo cuando vuelve a sonar.

—Perdón, no sabía que había alguien más aquí... —le digo mientras aporreo la pantalla táctil de mi móvil sin acer-

tar.

—Aunque no hubiera nadie, esto es una biblioteca. ¿Qué haces aquí si no sabes leer? —me dice señalando algo detrás de mí.

«Por favor, apaguen sus teléfonos móviles. Gracias», leo en un cartel cuando giro la cabeza.

—Lo... lo siento, de verdad. He venido a esta sección porque nunca hay nadie. Si... si lo hubiera sabi... —empiezo a balbucear.

—Pues ya ves que existe gente a la que le gusta venir aquí —me corta apretando los dientes enfadado.

Entiendo que le haya molestado, pero ya le he pedido disculpas. ¿Por qué se pone así?

—Oye, ya te he dicho que lo siento. —Me empiezo a cabrear yo también—. Ya me voy.

Mi móvil vuelve a sonar. Él pone los ojos en blanco. Yo por fin consigo poner el móvil en silencio.

—No, tranquila, tú sigue. El que se va soy yo.

De un golpe deja el libro sobre el estante que está a su lado y se marcha por donde ha venido murmurando algo que no quiero saber. Miro el tomo que ha dejado y veo el apellido de su autor: Bukowski. Parece mentira que a alguien como a él le guste leer poesía. ¿Pero qué le pasa a ese chico? Me ha hecho enfadar.

Vuelvo a la sala principal para seguir leyendo. Por suerte, la bibliotecaria está de espaldas ordenando unos libros y no me ve entrar.

Estoy tan cabreada que hasta que no llego a mi asiento habitual y miro el gran reloj que hay en lo alto de la pared no soy consciente de la hora que es. Tengo que volver pronto a casa y me quedan pocas páginas para terminar de leer *Matilda*. Así que vuelvo a levantarme para buscar algo nuevo para empezar en casa esta noche, si es que me dejan hacerlo.

Paso por delante del mostrador con la cabeza bien alta, siendo consciente de que la bibliotecaria ahora sí que